

POR PABLO DE ARABIA



REVELACION
DEL FUTURO

VIAJE DEL ECUADOR AL JORDAN
A BORDO DE UN OVNI

POR : PABLO DE ARABIA



Revelación

del

Futuro



"Viaje del Ecuador al Jordán

a bordo de un OVNI"



¿Es ésta una historia real o un relato simplemente novelesco? - Juzgue el lector sin apasionamientos y busque en el fondo de estas líneas el gran mensaje humano que se desprende de sus páginas.

Como amigos del personaje central de esta obra, diremos tan sólo que una noche de Septiembre del año 77, desde una encrucijada de caminos, rodeados de la inmensa imponencia de los Andes, iniciamos una aventura verdaderamente maravillosa cuyo mensaje final es un llamado de Paz y Buena Voluntad para los hombres.

Lisandro, nuestro amigo, habrá de contar su vida y llevará la voz narrativa y amena de una aventura que es símbolo de nuestro tiempo, y un episodio que, surgiendo desde los más remotos confines del Universo, llega hasta el hombre de nuestras latitudes para alimentarlo con un rayo de Fe y de Esperanza.

Antes de dejar en manos de él la narración de su historia, de la cual también nosotros fuimos parte y testigos, debemos decir que al momento de estos episodios Lisandro contaba con la serenidad que da el superar los setenta años de existencia; aún gozaba de salud y bienestar y su aspecto denotaba simpatía y amistad. Era un hombre sobre quien se suscitaban controversias; pero, como alguna vez alguien lo

Ubicación Geográfica

POR PABLO DE ARABIA



Revelación



Futuro



Alta del Escudo al Jorjón

a bordo de un OVNÍ



describiera, tenía un corazón "bueno como el pan y alegre como el vino"

Sirva lo hasta aquí escrito como presentación del personaje y oigamos de él la narración que se origina en tierras del Ecuador, país andino desde donde partimos en búsqueda de una experiencia inquietante y desconocida y que pudiera llegar a ser una Visión Fantástica del Futuro.

SUS AMIGOS.

CAPITULO I-
BREVES DATOS AUTOBIOGRAFICOS

En medio del bucólico paisaje de la propiedad de mis padres vi desarrollarse mi infancia al pie del gran monte tutelar, a cuya imponente cima solía subir acompañado a veces, solo otras, pero siempre llevando en mi espíritu el indecible anhelo de la diáfana libertad del horizonte que veía expandirse desde la majestuosa altura.

Quizá ese contacto abrió mi mente a la contemplación de los grandes prodigios naturales y vino a acrecentar en mí la inclinación a buscar en ellos algún mensaje del alma, algún vestigio que me pusiera en diálogo espiritual con la Divinidad. Nacieron así mis primeras inquietudes y mi madre trataba de orientarme en los inescrutables designios de Dios, sin que yo llegara a comprender cómo podían los hombres concluir después de su muerte en los sombríos y terribles lugares infernales, pagando así las deudas contraídas por su humana fragilidad. El hombre, pensaba, siendo Rey de la Creación, no puede llegar a concluir en ese fin calamitoso y triste; pues Dios, como Padre de la humanidad, deberá velar por él, perdonarlo, y levantarlo de su materia corrupta a otras regiones sutiles, superiores, en las cuales se viva en condiciones que merezcan la eterna prolongación de la existencia, en aquello de que

tanto hablaban mis mayores: la inmortalidad.

Concluida mi instrucción primaria, gracias a las enseñanzas paternas, ingresé en la Capital del país, al célebre Colegio de los Padres Jesuitas, cuya fama era por entonces de notable revuelo.

Cabe decir que los primeros tiempos de la vida conventual me causaron profundo impacto, y añoraba, lleno de gran nostalgia y dolor, mi montaña querida, los prados verdes y dilatados que ahora me parecían tan distantes, tan dolorosamente lejanos y secretamente planeaba fugarme del obligado encierro. Ello fue causa de un período de dejadez y apatía en mis estudios que al fin fue superándose, concluyendo por acostumbrarme a mi nueva forma de vida.

La disciplina colegial era estricta y fue así como surgieron mis primeras dudas filosófico-religiosas, especialmente a raíz de haber leído un folleto, por entonces prohibido por la Jerarquía Eclesiástica y que trataba sobre el panteísmo, el racionalismo y los librepensadores, teorías que habían sido declaradas heréticas por el Papa Pío Nono.

Habiéndome parecido que dichas teorías tenían una verdad oculta en ellas, trabé mi primera discusión con el P. Maestro, quien trataba de aclararme

conceptos a la luz de la filosofía de San Agustín y Tomás de Aquino...De estos estudios llegué a comprender que, si bien no habían llegado a aclararse mis dudas, en cambio, esas dudas fueron "el principio del conocimiento", como fuera expresado por un pensador de profundas convicciones.

Como conclusión a este periodo de mi vida y no sintiéndome apto para la vida monástica, abandoné las ahora queridas y recordadas aulas y me sumergí en la vida del mundo, donde un adormecimiento del alma vino a sustituir los siete años de espiritualidad que se me había infundido.

Transcurrió el tiempo y como un mal remedio a mis desventuras económicas me convertí de pronto en un maestro rural, pero lleno aún de inquietas rebeldías que me llevaron incluso a proyectar un abandono de mi incipiente carrera lanzándome en un viaje hacia un vecino país....Mas, si ha de creerse en las obras o los hilos del destino, deberé decir que ellos me retornaron al punto de partida para interesarme de veras con aquello de lo cual quería liberarme: la docencia.

Cuando el mundo fue conmovido al estallido de la Segunda Guerra Mundial no pude menos que asombrarme de la insensatez del hombre y de la dureza de su cerviz, como dijera hace siglos el Galileo, y con

hondo pesar, mientras se destrozaban las ciudades y los hombres de Europa, en una carnicería que revelaba sólo un desequilibrio mental, comparé a los culpables con la furia de los animales selváticos e hice mía, la descripción que un autor hace del hombre, diciendo que éste es "como el buey irracional del cual se sacan las correas que lo sujetan y el látigo que lo hiere.... Así, del pueblo salen el policía que lo vigila, el juez que lo condena, el carcelero que lo aprisiona y el verdugo que lo mata". Y ante el horror de la guerra, el pánico de los hombres y el dolor de las mujeres, anhelé en mi corazón, el advenimiento de un mundo justo, libre, sin ejércitos, sin fronteras, donde todo esté inspirando en el más noble sentimiento de justicia.

Transcurrieron varios años y fui ascendido a un establecimiento de Educación Media, época durante la cual la consumación de mi matrimonio me trajo una era de mayor estabilidad emocional y el comienzo de una firmeza intelectual que habría de caracterizarse por mi amor a los libros, habiendo llegado a crear de mi pluma, algunas obras que tocaban variados aspectos, y que fueron causa de interesantes viajes y animadas conferencias de temas variados y trascendentales.

Así, por las circunstancias anotadas, conocí las tierras orientales de mi Patria y pude contemplar, en

su imponente belleza, la flora y la fauna aún salvajes y sus ríos caudalosos, todo lo cual era un elocuente mensaje de la Naturaleza, sobre la situación del hombre en la inmensa vastedad del Cosmos.... La selva llena de misterios, plena de vida y en una evolución constante, tocaba algunas fibras íntimas de mi alma y me llenaba de numerosos interrogantes. Las aves de primorosos colores y los animales que circundaban el ambiente, eran una constante advertencia a mi mente de que existía una Mano Creadora y Organizadora, que planificaba, ordenaba y sobre todo, alimentaba esa vida, fluyente, continua y renovada; pues de la misma muerte de las especies vegetales y animales, volvía a transformarlas en nuevas formas de existencia, que a un observador sincero y crítico, no podían sino asombrarlo, para rendirlo a la evidencia incontestable de una Emanación Creadora.

Sin embargo, a todos estos sentimientos que los descubría muy dentro de mí, oponía la resistencia vanidosa del mal llamado criterio científico, y para estar a tono con las corrientes de esa época, hacía mías las teorías de Darwin, y sustentaba la Evolución como la causa de la vida. Sin embargo, algo en mi interior me decía que estaba mintiéndome a mí mismo, que me engañaba y que aún sabiéndolo, la vanidad personal, bajo el pretexto científico, era más poderosa que las evidencias incontestables de la

vida misma.

Fue así como el hombre mundano afloró en mí como la máxima expresión de virilidad e intelectualidad que, por cierto, fue completamente negativa; pues, mi propia vanidad llegó a constituirse en mi dios y entre tanto, del verdadero Dueño y Hacedor del mundo no existía sino un pequeño recuerdo guardado al calor de la imagen de la lejana infancia.

Las burlas y la odiosidad a todo aquello que representaba una manifestación espiritual o una manifestación de Dios, estaban a tono con mi soberbia vanidad que se había erigido en la rectora y dueña de mi vida. Sin embargo, algún sentimiento de profundo vacío me molestaba y buscaba en mis disipaciones, un atenuante a las inquietudes que asaltaban mi mente.

Ese sentimiento de vacío y soledad del alma me llevó a buscar en el espiritismo la contestación a mis grandes interrogantes y a fuerza de oír narraciones terroríficas unas veces, y otras, alucinantes, gracias a pequeñas incursiones en ese campo, nimbado de sombras macabras y huidizas, llegué a concretar en mí la idea cierta y positiva de que el hombre no es sólo materia densa y burda, como antes sostenía.... Ahora, parecía vislumbrar por fin, que tras la armazón corpórea existe un fluído vital, prodigioso, sutil, in-

valorable, que viene de Dios, que es parte de El mismo y que toma manifestación en el cuerpo humano; pero que ese fluído es el espíritu, es el alma que llega a diferenciarnos, elevándonos de la simple bestia al plano de hombres, de hijos de la Divinidad...

CAPITULO II

PRIMEROS CONTACTOS EPISTOLARES CON LA FRATERNIDAD

Como las hojas del árbol que caen una a una, movidas al impulso frenético del viento, así los días de mi vida habían ido pasando uno a uno, lenta pero inexorablemente....

De pronto los años de la madurez parecían irse extinguiendo como la luz de una vela que agoniza... Un profundo dejo de tristeza comenzaba a aferrarse con dolor en mi corazón: era la sensación angustiosamente cercana de aquella cita inevitable: la muerte. Me encontraba de pronto con que estaba caminando por el declive pronunciado y difícil de la ancianidad. Eran 70 años que había cumplido y solo una cosa había sacado en claro de toda esa jornada de existencia. Hasta ese momento no conocía cuál había sido mi misión en la vida ni qué importancia había proyectado ésta para mí mismo, para mis seres queridos, para los demás....

En aquella época el hombre había comenzado ya sus incursiones por el espacio extraterrestre y la conquista de la Luna había cambiado radicalmente el punto de vista de un amplio conglomerado humano. Con fuerza volvían a presentarse, igualmente válidas y actualizadas, las teorías de Sócrates y Platón, sobre la inmortalidad del hombre a través del espíritu, en una proyección que iba más allá de la muerte, más allá de la simple extinción física de la materia.

Fue aproximadamente en este período crepuscular de mi vida, mientras corrían los años que superaban los setenta de mi existencia; en ese intervalo, lleno de sentimientos controversiales, de temor al más allá, de cierta rebeldía de la propia impotencia ante las leyes inexorables del Cosmos, cuando una grave enfermedad comenzó a abatirme y a doblegar en mí los últimos impulsos vitales que me obligaban a erguirme, presentando cara al combate, superándome en mi propia debilidad y tratando de probarme a mí mismo que el hombre puede hacer de sí lo que la fuerza suprema de su voluntad emana... Sin embargo, las razones del destino no pueden discutirse y de pronto me encontré con que tenía por delante una realidad terrible y asoladora: la enfermedad, medio soterrado y misterioso de que la naturaleza se vale para destruir su propia creación.

En medio de esa angustia de perder aquello que

ha sido sobre todas las cosas tan propio de uno: la vida misma, emergían de las sombras más difusas y olvidadas del espíritu los viejos sentimientos ancestrales: la fe en Dios, Padre Supremo y Sapiente que sabe los designios por nosotros ignorados y que por tales nos llevan a una rebeldía, producto de nuestras propias limitaciones y desconocimiento.

La modesta jubilación a la que me había hecho acreedor por mis años de servicio en el Magisterio podía proporcionarme ciertamente las medianas comodidades de quien, sin poseer grandes riquezas, está dotado de cierta holgura que puede proporcionarle la oportunidad de no soportar las grandes necesidades de quienes, desheredados de la fortuna y negados de las ventajas sociales, sufren sus años postreros en la inclemencia de la incertidumbre, agobiados por el peso de la necesidad, exhaustos por el hambre y dominados por la miseria....

En medio de estas circunstancias, y mediante ciertas consultas de carácter médico, pareció evidenciarse que era "el comienzo del fin". En esos momentos pude apreciar en su magnitud la inutilidad de mi vida, llevada sin un Norte como guía, que me proveyera de la seguridad y la importancia de ser realmente quien era: un hombre, a imagen y semejanza del Creador, cumpliendo una jornada específica en la Tierra.

Que existen cosas inexplicables en la vida es algo que no puede discutirse. Toda la ciencia humana quedaría tristemente corta si quisiera explicar hechos comprobados, pero que no admiten el análisis clásico. Y este fue uno de esos pasmosos casos. Por circunstancias que ustedes, estimados lectores, podrán comprobar con el correr de las páginas, de pronto me encontré completamente restablecido de las dolencias que me aquejaban y la vitalidad y alegría afloraban por cada uno de los poros de mi piel. La medicina esencial, que la ciencia convencional no había podido proporcionarme, me fue enviada por medios inexplicables, misteriosos, fantásticos si se quiere, pero lo cierto es que tal medicina actuó sobre las dolencias de mi cuerpo en forma tan efectiva que desde que comencé a usarla no pasarían sino unos sesenta días aproximadamente, hasta que me encontré completamente restablecido. Es cierto que Uds. se plantearán muchos interrogantes, pero la deducción de la lectura de las páginas siguientes les encaminará en la verdadera interpretación de un hecho tan prodigioso como real, cual es el que acabo de referirles.

Haciendo un aparte a estas circunstancias personales que están íntimamente vinculadas con el asunto central de esta narración, debo decir que en el transcurso de este período de mi vida me interesé sobremanera, por la importancia y papel que de-

sempeñan para el hombre culto, las nuevas ciencias que, siendo tan antiguas como la humanidad, hoy han llegado a denominarse como parapsicología, a veces, otras como esoterismo, y que en resumidas cuentas no es sino lo que antes se denominó ciencias ocultas, que por cierto no debe confundirse con rituales mágicos que caen dentro del campo comúnmente llamado hechicería. Las ciencias ocultas son disciplinas que estudian aspectos psicológicos del hombre y las fuerzas internas que se hallan dentro de éste; cómo pueden usarse esas fuerzas para el bien personal y colectivo y qué métodos son los aconsejables para abrir el horizonte espiritual de cada individuo.

Es del caso, que en mi afán supremo de investigar qué me depararía el incierto futuro, incursioné, con un poco de temeridad y otro tanto de curiosidad, en ese campo tan controvertido, pero no por ello menos interesante.

Dos buenos amigos contribuyeron a que encaminara mis inciertos pasos por senderos ya anteriormente traficados por personas que hallaron un camino desconocido para la mayoría, misterioso para muchos, pero realmente inquietante y fantástico para aquellos que gustan de la investigación y del serio análisis de los problemas psíquicos.

La antigua ciencia, venida de tierras legendarias perdidas en la bruma insondable del tiempo como Caldea, Egipto, Asiria, renacían del polvo acumulado por las edades y cobraban ante mis ojos un valor que verdaderamente no lo había imaginado.

Los viejos conocimientos de las Ciencias Ocultas ahora denominadas: Esoterismo, cuyo actual significado pretende involucrar los conocimientos que van *más allá de lo oculto*, cobraron en mi espíritu una fuerza avasalladora que convirtieron mis horas y mis días en una continua investigación, en una perenne dedicación al estudio de antiguos y sabios textos.

Cabe decir que, en medio de estas sombras confusas que cubrían mi mente, y una tenue luz que llenaba de inspiración las más sensibles fibras de mi corazón, llegóme lo que hoy denominaría la Primera Sagrada Epístola de mis desconocidos y misteriosos Maestros.

¿Qué podría filosofar al respecto?.

El hombre nada es ante la imponentia y misterio del Cosmos. Su inmensa y suprema pequeñez le colocan en una desventaja que verdaderamente no admite parangón, no admite comparación alguna. Es exactamente, como alguien, inspirado en la ciencia

del espíritu, lo manifestó hace siglos: un grano de arena perdido en la inconmensurable grandeza de las playas del Universo...Es decir, que nuestra pequeñez ni siquiera puede compararse; no somos nada, sino polvo cósmico infinitamente pequeño, como infinitamente grande es la Majestad del Universo, y como Supremamente más Grande es la Elocuencia y Grandiosidad de Dios.

¡La primera y Sagrada Epístola!....Lectores amables, vuestra consecuencia y bondad sólo contribuirán a justificar lo que, con profunda emoción y grande sentimiento, guía en estos instantes la ardua labor de mi pluma, labor que debe ser cauta, metódica, reposada, pero indudablemente real, filosófica y comprobada con los hechos que me cupo el destino de vivirlos en la intensidad y dimensión que sólo dan la realidad y el don concedido, no a la importancia civil de la persona sino más bien al don mismo, como esencia, como regalo inmerecido de Fuerzas Superiores, que dominando el Universo, que filtrándose en los más profundos conceptos del átomo, de la célula, hacen del hombre la manifestación tangible de una Voluntad Creadora, que determina conceptos, situaciones y consecuencias que son parte de nuestro pasado, presente y futuro; es decir, son la evaluación del tránsito de la humanidad misma a través de un ciclo evolutivo lleno de incidencias, pero siempre interesado en el progreso y superación sistemáticos

de la Verdad y de la Vida

hacia escalas superiores.

Quizá mis amables lectores se interroguen acerca de cuál es la Epístola de que hablo y a ello hago ahora referencia....Un día, al retorno de un viaje a la Capital de mi país, recibí una comunicación que revestía caracteres misteriosos, fantasmales y filosóficos....Era una invitación a formar parte de una Antigua y Secreta Orden, guardiana del conocimiento esotérico y verdadero, reservado tan sólo a muy pocos seres de la Humanidad....Mi sorpresa, mi temor, mi inseguridad afloraron en primera instancia, pero indudablemente más pudo en mí esa cierta curiosidad por lo desconocido y el afán de comprobar con mis propios ojos aquello que mis Maestros me aseguraban en su primera y prodigiosa Epístola.

El cúmulo de tristeza que hasta entonces yo había atesorado en mi alma iba desvaneciéndose como la niebla a los cálidos influjos de los rayos del sol naciente y así, en medio de mis dudas y temores, me dispuse a experimentar en las secretas y sagradas enseñanzas que, a través de una correspondencia inteligente y compenetradora, se me inculcaban. Y cabe anotar que tales enseñanzas, siendo tan profundas y sabias, así como extensas y llenas de mucho interés, siempre fueron total y completamente gratuitas.

Y éste es un medio simple y llano de comprobar que la Verdad no se vende; se la recibe y se la da gratis; pues, comercializar con ella no es dar la Verdad sino denigrarla. Las enseñanzas esotéricas, si son verdaderas, nunca son pagadas: y esto debe servir de alerta a quienes pueden estar al borde de caer en afiliaciones que lo único que hacen es esquilmarles.

Me preguntaba, ¿como podía haber nacido el hombre sólo para sufrir?....Aún en medio de las más crueles y rigurosas expresiones del destino humano emergía como un faro de luz, a mi conciencia atormentada, el sentido de Justicia Universal.

En aquella Epístola Primera, en la que se me invitaba a participar de la filosofía y el conocimiento de una antigua Orden Fraternal de Sabiduría, brillaba, como un faro de intensa luz, la premisa latina: "ET LUX IN TENEBRIS LUCET"; es decir: "LA LUZ EN LAS TINIEBLAS RESPLANDECE".

..Y aquella frase elocuente trajo a mi memoria, la figura serena y delicada, musical y divina del Gran Maestro, el Rabí de Galilea, que en tierras legendarias del Asia, sembró, a través de su prédica y sus obras, la luz para un Mundo mejor, la luz que proyectándose en las tinieblas trae el conocimiento de la Verdad y de la Vida.

Mis sentimientos de controversia y mi repulsión a los interrogantes religiosos y filosóficos, encontraron naturalmente una valla que salvar, pero indudablemente, más pudo la potencia y universalidad del concepto enunciado que mis pobres y miserables dudas....Así, la luz comenzó a abrirse paso a través de las tinieblas y la verdad comenzó a brillar como un sol que ilumina la inconmensurable inmensidad del Cosmos.

Así, en medio de las dudas que existieron, comparables tan sólo a las asfixiantes emanaciones que emergen del cieno, de los pantanos infectos, del agobiante dolor de la naturaleza humana, comencé, por vez primera, a vislumbrar la verdadera claridad, la luz propia y diáfana que, disipando las tinieblas profundas e insondables, esclarece las inteligencias, pregona el verdadero conocimiento y proyecta la Paz, suprema compañera del hombre....

Tal, pues, fue mi primer contacto con aquella Fraternidad de la que les he hablado, mis queridos lectores, y a la cual, hoy, gracias a los inescrutables designios del Destino me siento orgulloso de pertenecer.

En medio de la obscuridad de mi conciencia y la realidad objetiva que pude palpar, acepté ese llamado supremo y a consecuencia de éste, pude

sumergirme en los más profundos y misteriosos cauces del conocimiento, en los más intrincados rincones de la filosofía, en los más difíciles misterios del hombre, de la vida, de la conciencia, de la humanidad.

CAPITULO III

NUEVAS EPISTOLAS Y PREPARACION PARA EL GRAN DIA DE LA INICIACION

Había dicho, que esta Epístola me invitaba a participar de los misterios de una antigua y venerable Orden; pero, en el fondo de mi ser, sentía la lucha antagónica de la curiosidad y la incertidumbre; del incursionar en senderos desconocidos y del sumergirme en tinieblas pavorosas. Tal fue mi estado de ánimo, terriblemente contradictorio, cuando, en respuesta a mis agobiantes dudas, llegó a mis manos una nueva Epístola cuyo contenido no pudo menos que sorprenderme. Allí se me aseguraba que nada de lo mío les era desconocido y se me afirmaba que hasta los pensamientos más íntimos y secretos, a nadie nunca revelados, ellos los conocían, los estudiaban y analizaban. De este modo concluí que los Autores de estas cartas tenían una brillantez captativa impresionante, como nunca jamás pude imaginarme y comprendí que esos poderes daban a

ellos un dominio quizá ilimitado que no se circunscribía solamente al ámbito material, sino incluso a la parte siquica, espiritual, al intelecto humano.

El intercambio de ideas con los amigos a los cuales me unía el interés común por llegar a conocer los misterios develados sólo a los escogidos, me tranquilizó, aceptando el destino que se me ofrecía bajo la consideración de que el hombre no puede rebelarse contra él, porque su libertad es limitada, como lo prueba el hecho de nacer sin su propio consentimiento.

En esta Epístola se nos brindaba la oportunidad de hacer una consulta mental, que sería contestada por los Maestros en una próxima comunicación. Este experimento, parte de la preparación esotérica, era para mí y mis amigos interesante y fabuloso. ¿Serían aquellos Maestros lejanos, capaces de responder a la pregunta que formuláramos? - Con esa inquietud, meditamos mucho para escoger cuál pregunta de fondo e interés universal plantearíamos, mediante el método mental que se nos indicaba y mis amigos y yo concordamos en que la muerte constituye un tema que, por desconcertante, valía la pena escudriñarlo.... ¿Quién en la vida no ha sentido el sobresalto y estremecimiento de sentirse susceptible de morir? Fue así como en esa noche, para mí memorable, inquirimos sobre lo que acontece al hombre después

de la muerte.

Esta ha sido una pregunta que desde la más lejana y remota antigüedad, ha preocupado a todo ser humano. Muchas filosofías han tratado de dar explicaciones, unas, materialistas; otras, aceptando la supervivencia del espíritu; pero, en fin de fines, quedaba flotando en el ambiente esa incógnita espantosa cuya realidad estábamos muy lejos de determinar. La respuesta a este interrogante no se hizo esperar y pronto llegó la ansiada comunicación sellada, que contenía la esperada respuesta y que, abundando en conceptos filosóficos, morales y religiosos, nos recorría el velo siniestro de la muerte, del no ser.

Esta nueva Epístola, usaba, a más de nuestro idioma vernáculo, otros tres diversos idiomas, que indicaban de por sí el dominio que los Maestros tenían de las lenguas humanas y esto fue causa para que al mismo tiempo tratara de recordar los estudios ya lejanos que de tales idiomas había hecho. Parecía como si estuviera viviendo un sueño irreal y fantástico, en una época que probablemente podría darse en los albores del año 2.500 o 3.000, y hé aquí que el concepto de justicia universal no podía faltar en los planes del Gran Espíritu Esencial del Cosmos, quien había dictaminado la fugaz duración de la vida del hombre. Muchos sucesos que a los hombres nos

parecen desconcertantes, tienen poderosa razón de ser y esto no podría variar si a la luz de la fe debemos aceptar que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. La Epístola en uno de sus párrafos, decía lo siguiente: "Como la niebla al contacto del sol, así va levantándose de ti el velo que cubre tus ojos y poco a poco irás apreciando los inmensos beneficios de la Sabiduría". Verdaderamente ésta era una de las más hermosas frases que se podía oír y analizar en toda su inmensa profundidad. ¿Quién no desearía llegar a tener la Sabiduría necesaria para sondear los Arcanos del Universo, y los misterios de la Vida; para sondear, en fin, el mismo corazón del hombre?. La antigua Magia del Oriente, las diversas religiones que han existido, las variadas Escuelas Filosóficas, y en fin, todos los esfuerzos humanos se han estrellado irremisiblemente ante este escollo sobrecogedor y desconcertante: la muerte.

Por ello, haciendo un comentario en base a las enseñanzas que los Maestros emiten en su Tercera Epístola se comprende que la muerte ha sido, es y será el desconcierto peremne de los sabios. Ante ella nada valen: ni las riquezas, ni el poder, ni la inteligencia y una vez transpuestos los umbrales de la muerte, permanece flotando en los que quedan o en los que superviven aquel tremendo interrogante.

Sin embargo, de todos cuantos han preguntado con sinceridad y con un análisis crítico filosófico a éste respecto, muy pocos han logrado vislumbrar aquello que es la Verdad, o sea, el verdadero conocimiento sólo impartido a quienes llegan a pertenecer a ciertas Escuelas Iniciáticas o a determinadas Fraternidades, y esto es así, porque todas las cosas de Dios tienen un fin y por consiguiente, es natural que pensemos que el hombre siendo la más alta expresión material de su creación, tenga un fin, un fin concreto y determinado. A este respecto, la Epístola Sagrada manifiesta que la creación de Dios continúa y seguirá a través de los siglos, y siendo el hombre la expresión más alta en la escala material, una vez despojado de su grosera materia, encuentra o nace a otra forma de existencia. Para quien ha pasado esta experiencia, dejan de existir esas sombras y misterios que tanto nos aterran.

El nacimiento del hombre a otro mundo, indudablemente maravilloso y mejor, es el que ocurre en aquel instante supremo. Sin embargo, quien más desarrollado espiritualmente se encuentra en esta humana existencia, conseguirá en el mundo de los espíritus, en el mundo perteneciente a la Eternidad, un nivel más alto y mayormente desarrollado, porque cabe recordar aquel concepto filosófico que dice: "Conforme es arriba, es abajo".

En lo referente a la reencarnación, vale la pena

indicar que los Maestros participan de tal creencia condicionándola a circunstancias especiales; por consiguiente, si bien no siempre sucede, acontece cuando es imprescindible para el desarrollo y progreso del individuo. Hay que mirar la ley de causa y efecto y comprendiendo ésta, veremos que el Karma no es otra cosa sino la conciencia del bien y del mal que refleja con claridad meridiana las actuaciones de la vida del hombre. Esa conciencia adquiere mayor claridad y luz, cuando el hombre se encuentra a sí mismo, o también, y ésto es el mayor número de los casos, cuando ha dejado la materia para encontrarse, cara a cara, con lo que genéricamente llamamos: eternidad!

Dicen nuestros Venerables Maestros que la sencillez es la luz y desde lo más íntimo del ser, anhelo en estas páginas transmitir siquiera sea un débil y tenue rayo de luz que contribuya a dar un toque de Paz a todos mis hermanos de la humanidad. Si alguien capta este mensaje y descubre el sentido estrictamente esotérico y profundo que estas páginas encierran, me sentiré más allá de pagado.

El último día de que nos habla la Escritura en lenguaje simbólico y figurado tiene plena realización y viene cumpliéndose desde que existe el hombre sobre la tierra, puesto que, ese llamado último día, es el último día de la existencia de cada

individuo que, al dejar este valle que es verdaderamente de sombras y tristeza, despierta a una vida mejor. No debemos, pues, afanarnos en discusiones sobre quién tiene la Verdad, puesto que Dios es la única Verdad en el Universo y los caminos para ir a Dios son muchos.

Debemos comprender que El en su infinita Sabiduría puso la variedad y existiendo la variedad, el hombre ha tenido la oportunidad de disfrutar o ejercer el derecho de sus propios gustos y de sus propias determinaciones. Así, en el aspecto filosófico y religioso, existen muchas y muy variadas organizaciones, considerando también que los niveles de intelectualidad y desarrollo de cada individuo dan la norma de ubicación en que éste debe estar situado acorde a sus propias condiciones. Por ello no podemos esperar un igual comportamiento, ni filosófico ni material en un hombre del campo o de la selva, que en otro, cuyos conocimientos y forma de vida son incompatibles con el primero.

Concluyendo este comentario, los Venerables Maestros hacen memoria de la Epístola de San Pablo, en la que dice que es imprescindible que el hombre muera para que florezca el espíritu y compare esta transición con el trigo que debe enterrarse para que dé fruto.

Siendo, pues, ésta la situación de la naturaleza del hombre y creyendo en ella por obra de la Fe, es verdaderamente dulce la paz y la tranquilidad con que habremos de sentirnos galardonados, habiendo perdido todo temor y acrecentado en nosotros aquello tan ansiado: la esperanza.

Así, una a continuación de otra, se fueron estableciendo las comunicaciones entre los Venerables Maestros de la Universal Fraternidad de la Inefable Luz y mi humilde persona, anotando que mis dudas e interrogantes mentales, siempre acontecía una respuesta perfecta, diáfana y convincente que, a más de probar la sabiduría de sus Autores, concertaba y consolidaba en mí la convicción de su poderoso poder captativo; pues, desde la lejana Europa, leían mi pensamiento, exploraban mi alma y daban pronta respuesta a mis interrogantes.

Establecida, pues, esta relación de Maestro hacia el aprendiz y de éste hacia aquellos, sólo me cabe aclarar en beneficio de la mejor comprensión del lector, que las sabias enseñanzas de ellos, se me transmitieron en pequeñas dosis y en los momentos oportunos, de modo que fue abriéndoseme el horizonte intelectual y espiritual. Así pues, amables lectores, las citas que haga de las enseñanzas de los Maestros de la Fraternidad, habréis de considerarlas emitidas por medio de sus maravillosas Epístolas, y

de las mismas, para beneficio vuestro, consignaré, en el correr de las páginas, sus enseñanzas textuales o un resumen de las mismas.

Llegó para mí, después de larga y prolija preparación, el día en el que se me concedía el don de la primera entrevista con los Sabios Maestros de la Fraternidad, y concretamente, con sus miembros directivos más altos, llamados también los Doce Supremos, o el Sagrado Colegio de los Doce Iluminados.

Sabía que el camino a recorrer para llegar a ellos, físicamente, era muy largo y se agitaba en mi alma el gran temor a lo desconocido, aquella sensación angustiosa y expectante de lo nuevo, aquel nudo del corazón que le anuncia la presencia de lo misterioso y espiritual, cuyo próximo contacto estimula el humano temor y abre multitud de interrogantes.

Mis Maestros conocedores de mi interior y condescendientes al máximo, porque su norma fundamental es el amor, permitieron que el viaje previsto para la entrevista con ellos lo realizara en compañía de mis dos amigos a quienes también, en su oportunidad, les fue concedida posteriormente una entrevista similar o quizá mayormente expectante, con la sola diferencia que ellos debieron concurrir a su

cita, completamente solos, en tanto que yo tuve la grata oportunidad de sentirme acompañado, circunstancia que me otorga el testimonio de dos personas que prestan a esta obra la claridad y seriedad de una declaración juramentada, quedando por tanto a juicio del lector inteligente y perspicaz discernir entre la fantasía y la realidad que aquí se revela, como un mensaje de consuelo, de paz, de amor.

CAPITULO IV

VIAJE EN OVNI HASTA LAS ORILLAS DEL JORDAN

Salimos, pues, de viaje mis amigos y yo hacia el lugar que se nos había indicado, y que estaba a más de una hora de camino del lugar de nuestra residencia habitual. La noche se presentaba con caracteres tempestuosos y la obscuridad del camino hacía prever que en el lugar de la cita, que no era sino una encrucijada de caminos, el tiempo sería lluvioso y por lo tanto enmarcaría un ámbito de mayor misterio y temor a aquel primer contacto directo y personal con los Venerables Maestros. Sin embargo, conforme transcurrían los kilómetros, se modificó el tiempo, se aclararó la noche y las estrellas brillaban con imponencia y magnitud.

El lugar del encuentro era desolado y por aquel sitio solo podía observarse, de vez en cuando, el paso fugaz de los autos que vertiginosamente recorrían el camino. La vegetación escasa e incipiente y la falta de agua de riego revelaban la causa de una vegetación pobre y famélica. En tal lugar esperábamos ansiosos el encuentro prometido, y los minutos pasaban con una carga tremenda de zozobra. ¿Llegarían los Maestros o faltarían a la cita?....Era tan irreal la promesa hecha, que, de acuerdo a nuestros conceptos físicos conocidos, se nos hacía un interrogante el por qué y el cómo fuimos escogidos para realizar un viaje de algunos miles de kilómetros por medios que Uds. llegarán a conocer.

Al fin, luego de la angustiosa espera que nos mantuvo en una expectativa agotadora, las luces de un auto negro se desviaron del camino principal y nos enfocaron hasta detenerse a pocos metros del lugar polvoriento y seco en que descansaban nuestros pies. Aquel fue un instante tan fuera de toda explicación humana, que mis facultades para transcribirlo me hacen enmudecer, asegurándoles tan sólo que mi corazón y el de mis acompañantes experimentaban los estragos de una emoción intensa.

Haciendo acopio de un valor que parecía abandonarme, di unos cuantos pasos adelante, para enfrentarme a la primera parte de la entrevista que les

libro de la vida de los Maestros

Utrera, gongis, etc.

refiero y mientras mis amigos permanecían a prudente distancia, contemplé abrirse la puerta del auto en que llegaron los Delegados de la Fraternidad y un hombre alto, cubierto de antifaz, y al que se le observaba una cierta melena, bajó de éste, y caminando hasta colocarse frente a frente conmigo, pronunció la frase ritual que servía de contraseña: "¿A dónde te diriges, hermano?"... Mi contestación parece que fue para mí mismo lejana y sonó a mis propios oídos como algo maquinal, impersonal y distante: "Al camino de la luz" contesté. mientras me percataba que las fuerzas de mis piernas flaqueaban en sostener el peso de mi cuerpo.

El personaje, que no era sino uno de los múltiples ayudantes o Hermanos Menores, con que cuenta la Fraternidad, según lo supe posteriormente, me contestó con la solemnidad ritual del momento: "Entonces, sígueme", procediendo luego a vendarme, conforme también lo había hecho con mis acompañantes.

Mis amigos y yo fuimos introducidos en un vehículo, que comenzó a deslizarse por un largo camino de asfalto; pero no serían sino muy pocos minutos después, cuando sentimos que, alejándose de la ruta ordinaria penetraba en terrenos agrestes e intransitados, porque eran notorios los saltos y traqueteos que soportaba el vehículo. Además, se

*Dirección del lugar
Véase de g. 100-101*

podía percibir con claridad cómo el vehículo descendía a veces y trepaba otras por lo que seguramente se trataría de alguna colina, hasta que, llegando a lo que percibimos como una ranfla metálica, se detuvo por completo haciéndose a nuestro alrededor un silencio absoluto que no fue interrumpido.

¿Cuánto tiempo permanecimos en tal estado?. Es difícil calcular con precisión; pero, según el consenso de los tres, parece que quizá no pasarían esos instantes de unos cinco minutos.

Un sonido metálico en el piso hizo que nuestros sentidos se agudizaran con una gama de emociones e interrogantes que me es muy difícil describir. ¿Qué iba a pasar?. El sonido se aproximó a nosotros y de inmediato se nos hizo descender del auto en que permanecíamos sentados. Dimos unos cuantos pasos hasta que se nos hizo sentar en unos cómodos asientos sumamente blandos. Las vendas nos fueron retiradas y a nuestros absortos ojos se abrió ante nosotros un espectáculo maravilloso pero desconcertante. Mis dos amigos, puesto que en sendos sillones estaban sentados, uno a cada lado mio, no podían sino manifestar las mismas emociones que yo transmito ahora a Uds. respetables lectores.

El lugar en que estábamos era un enorme salón que relucía por todo lado con un inconfundible brillo

dirección del lugar

metálico plateado y el automóvil del que habíamos descendido estaba estacionado, dentro de aquel enorme recinto en un lugar que parecía estar hecho como para tal fin.

Por varios lugares y diversas puertas, que no era posible ubicarlas sino cuando éstas se abrían salían o entraban los tripulantes de este artefacto cuyos ropajes eran algo semejantes a los overoles que usan los aviadores de prueba de la Fuerza Aérea Norteamericana. Sin embargo, pese a lo que no pudimos haber imaginado, no usaban ningún tipo de casco y las facciones de ellos, sutilmente disimuladas por un antifaz de un color café oscuro daban a entender que allí había una confluencia de personas de diferentes razas. Unos pocos, con características de mayor estatura y cráneo un poco más grande que nuestro común denominador, parece que eran quienes comandaban la operación de ese gigantesco aparato.

Cabe mencionar, para conocimiento de los lectores, que para nosotros existía la prohibición de hablar y tal regla hubimos de observarla, pese a nuestros urgentes anhelos de una pronta comunicación. Pasado nuestro primer estupor, se acercó uno de aquellos hombres, vistiendo un traje de color brillante, anaranjado y con el antifaz, ya anteriormente mencionado, y situándose frente a nosotros nos hizo

Primeros del viaje

entender claramente, tal como si hubiera sido una comunicación verbal, que nos sintiéramos tranquilos y en completa paz. Su mirada penetrante, que parecía llegar hasta el fondo mismo de nuestro ser, constituía como un efluvio de ondas lumínicas y síquicas que nos iba suministrando informaciones que las captábamos, estableciéndose así un diálogo mental de preguntas y respuestas, que nos aclaró muchas dudas y sobre todo nos tranquilizó totalmente.

Supimos de este modo que viajábamos a una enorme velocidad hacia tierras del Asia. En aquel momento estábamos atravesando el Atlántico, pero muy por encima de lo que puede ser la altura máxima de un avión de combate o comercial. Confirmando nuestro inquieto interrogante de asombro, se nos permitió seguirle hasta un sitio de observación semejante a un gran ventanal que dejaba ver a su través la brillante luz de las estrellas en un esplendor inusitado y magnífico que hacía que pudiéramos discernir aun tonalidades de color entre ellas, lo cual daba al espacio un aspecto fantástico y verdaderamente inolvidable. Debajo de esa gran pantalla, un destello lumínico bastante grande nos reveló la presencia de nuestra amada tierra, que parecía que huía hacia abajo, llegando como a detenerse la huida, para luego comenzar a contornearla, circunstancia que nos dió la oportunidad de presenciar el crepúsculo del atardecer, la noche y el amanecer en

contados y breves instantes; pues como un regalo, un obsequio a nuestra pobre y miserable curiosidad humana, los condescendientes hermanos que dirigían nuestro viaje nos regalaron con una circunvalación total al viejo y amado planeta que mirándolo de tal distancia, parecía estar quieto y tranquilo, sin odios ni violencias. Las luces de diversas ciudades, seguramente de aquellas que son las más grandes del planeta, podían distinguirse desde semejante altura. U

Respondiendo a nuestra pregunta mental de que si eran seres extraterrestres quienes nos acompañaban en este impresionante viaje, fuimos informados por nuestro acompañante que la Creación es una sola y por lo tanto el Universo tiene un solo Padre. Así, la hermanabilidad debe existir entre todos los hijos de la Creación. Las diferencias se dan únicamente en el plano del desarrollo intelectual, material o moral que los seres de la Creación hayan logrado. Conforme en nuestra tierra existen grandes diferencias de sabiduría o conocimiento, así también hay muchas civilizaciones interestelares con mayor o menor desarrollo y todas están sujetas a seguir una línea de superación continua, sea en el plano material en que vivan, o al morir, en el plano espiritual al que fueren destinados.

Esta revelación produjo en nosotros una grande

tranquilidad, porque supimos que la vida humana, fugaz, transitoria y llena de tantos y tan graves contrastes, no deja de tener un fin y constituye para los humanos, una escuela de experiencias para capacitarlos a llegar a otros planos superiores. El principio de justicia Universal es inobjetable y por ello podía comprenderse que la reencarnación, si bien no siempre se da, a veces sucede obedeciendo a un plan que sirve, no tanto para sancionar las faltas, porque Dios es misericordia, sino para que el hombre conozca en sus más variados detalles la ley de los contrarios, las cualidades inherentes al bien y las trísticas consecuencias del mal.

Un gran tablero de instrumentos se podía apreciar bajo de esa especie de ventanal y de pronto unas luces con destellos verde-azulados, comenzaron a centellear intermitentemente.

Nuestro guía nos dió a conocer que el viaje estaba concluyendo y que ésta era nuestra primera experiencia en lo que los hombres denominaban "OVNI", pero que la traducción propia podría aproximarse al nombre de "DESLIZADOR ESPACIAL". Como última instancia, supimos por transmisión mental, que ellos tenían comunicación directa con los Miembros de la Fraternidad, dejándonos incluso entrever que quizá alguno de ellos era miembro activo de ésta y que el fin perseguido es la

paz y el amor universales, que se conseguirá al fin, cuando la raza humana pueda desprenderse, en su continua evolución, del peso inherente al denso materialismo en que se halla inmersa.

La religión llegará a ser una y única, porque la creación cósmica no tiene dualidad ni es múltiple en su esencia.

Esa religión, ya practicada en mundos superiores, tiene como premisa fundamental los enunciados de Jesús, a quien aman, conocen y respetan como el Verdadero Creador, y es la promulgadora del AMOR. Supe allí, que mi misión sería exhortar a los hombres de buena voluntad a unirse a esta religión superior que no discute creencias particulares, reconociendo y amando al Ser Supremo, y buscando la promoción individual, familiar y colectiva para un mundo más justo, donde no existan odios, venganzas ni divisiones territoriales o políticas que lo único que hacen es crear brechas y ahondar los odios. En ese mundo maravilloso, del cual se disfruta ya en otros planos, la riqueza es distribuida igualmente aunque parezca utópico, porque el fundamento y la fe que los alimenta es el amor. ¿Será posible un mundo así para este planeta llamado Tierra?. La respuesta fué que llegará el momento; pero que antes, las grandes fuerzas contradictorias, lucharán por mantener su dominio. La Tierra se conmoverá desde sus ci-

mientos como bién lo pinta el Evangelio, pero esto entendiéndolo a la luz de lo real y figurativo al mismo tiempo y en una medida prudencial, nos da la idea de que existirán fuerzas que conmoverán el planeta en sus elementos físicos y humanos: mas al fin, el cambio llegará estableciéndose una era de tranquilidad, prosperidad y paz.

Mi inteligente y maravilloso guía me inculcó dirigirme a quienes se dignen escucharme a que se unan en este deseo universal, bajo una religión que abarque a todas y no discrimine a ninguna en cuanto a los anhelos positivos de bien que éstas tengan. Tal religión, que, tengo ahora la felicidad de proclamarla, podría denominarse la *GRAN RELIGION COSMICA*, porque abarca todos los mundos creados en un abrazo de hermanabilidad que supera las distancias estelares y funde en una la idea gloriosa de un Universo para todos, sin fronteras, sin odios, rebosante de amor y pleno de felicidad.

Maravillados estuvimos escuchando este diálogo telepático, cuando se nos ordenó tomar nuevamente asiento en el interior del vehículo terrestre que reposaba en el lugar fijado para él, dentro del salón. Allí las vendas nos fueron colocadas nuevamente y la visión espacial, el tablero de control, el guía de aquella astronave, el gran salón, se quedaron tan sólo como un recuerdo fugaz muy grabado

en lo más íntimo del alma.

Pasados esos momentos en que cada uno de nosotros sentíamos correr un sudor frío por el cuerpo, el vehículo encendió nuevamente su motor para descender de la antedicha ranfla y caminar nuevamente por un camino agreste, puesto que no era de asfalto y detenerse casi de inmediato en un lugar que parecía marcar la conclusión de nuestro misterioso viaje. Bajamos allí y nuestros conductores, con quienes no habíamos intercambiado una sola frase, nos condujeron a un sitio en el cual un murmullo constante reflejaba la presencia del agua, elemento que era tan carente en muchos kilómetros a la redonda, del lugar en que fuimos tomados al iniciar esta inquietante aventura.

Aún vendados, caminamos por un sendero a cuyos lados podía percibirse, al contacto de los inseguros movimientos de la mano, la presencia de hierbas altas que flanqueaban el suelo pedregoso.

Por fin nos detuvimos y abordamos una lancha metálica que al impulso de los remos, se alejó de la orilla, manteniéndose, esto si, constante el rumor como de cascada que parecía atravesar algún sitio de aquel río. Cuando llegamos a la opuesta orilla, descendimos para retomar el camino agreste mientras el murmullo del agua se iba perdiendo hasta no

quedar sino presente en lo más recóndito de nuestro cerebro, como un recuerdo vivo de una experiencia que anhelamos volver a repetirla, si en ello conviniere y nos otorgaran tal don nuestros Venerables Maestros.

Y esto es así, porque me anticipo en decir que, llegado el momento del retorno, tomamos seguramente otro sendero, porque el río a que me he referido y el murmullo de su cascada no volvimos a escucharlo.

CAPITULO V

GRAN CEREMONIAL INICIATICO EN CASA DE MARIA MAGDALENA

Concluída la caminata desde el sitio en que desembarcamos de la lancha, nos fueron retirados los vendajes y pudimos percibir los contornos de un cuarto, visiblemente estrecho y austero, cuyas blancas paredes carecían de adornos. Frente a nosotros ardía un cirio depositado en una mesa desprovista de lujos y cuya madera revelaba una apreciable antigüedad.

de campo y agreste

Desde ese momento comenzó, paso a paso, a desarrollarse todo un ritual completo e impresionante que traía dentro de sí un mensaje de paz y amor, pero al mismo tiempo una advertencia a la conciencia, para que despierte a los llamados del espíritu, para que el hombre se vuelva más humano y comprometido a entregarse a los demás, dando de sí lo que posee a la medida de sus condiciones, acorde a sus propias posibilidades. En una palabra, el hombre al ser llamado al Misterio de la Iniciación, da comienzo a una vida de desprendimiento de sí mismo, para elevar su espíritu en el conocimiento de las Verdades Ocultas; pero al mismo tiempo también siendo generoso y amplio convertirse en un reflejo de la bondad, el amor y la paz.

La música sagrada que inundaba el pequeño recinto llamaba a la meditación, como muy bien anotara el Maestro de Ceremonias que dirigía el acto, y al tiempo que fueron propuestas siete meditaciones maravillosas, el horizonte mental iba ampliándose y un halo de tranquilidad nos invadía a tal punto que llegó a reemplazar la inquietud con que iniciamos el viaje hasta aquel remoto lugar.

Concluidas las siete meditaciones propuestas, se procedió al lavatorio de mis manos como rito simbólico del desprendimiento de las antiguas impurezas, al tiempo que los paños blancos con que mis manos

eran secadas, iban siendo sucesivamente quemados, también en símbolo de que aquello que purificó el agua, era vivificado, por el espíritu regenerador del fuego, porque agua y fuego son los elementos primos de la vida y la regeneración.

Durante el desarrollo de estos significativos actos, fuimos llamados, uno a uno, a otro lugar de esa casa, en donde tres miembros de la Fraternidad nos interrogaron sobre nuestra voluntad de pertenecer a ella y ser heraldos de ese Antiguo Conocimiento. La respuesta afirmativa de cada uno de nosotros no podía hacerse esperar y una vez que concluyera esta primera parte del ritual se nos anunció que deberíamos pasar al Gran Salón Central, en donde daría comienzo la parte más solemne e importante de la ceremonia, previamente a la cual, tomamos una Cena Simbólica consistente en siete fracciones de pan y siete sorbos de vino.

Cabe anotar que durante estos preparativos, si tal pueden llamarse los ritos que estábamos presenciando, un numeroso grupo de los Hermanos de la Fraternidad entraban, salían, y hacían los arreglos para cada uno de los pasos que se desarrollaban. Estos Hermanos, vestían una especie de túnica o sayal de color carmelita y llevaban cubierta su cabeza, como símbolo, según supimos después, de la humildad, valor éste verdaderamente noble e importante ante

el cual nada importa el nombre civil, los títulos mundanos ni las jerarquías sociales. Sólo importa dentro de la Fraternidad la espiritualidad de cada individuo, llevando presente el concepto trascendental de que todos somos hijos de Dios, creaciones de El, y que quién quiera que deseara ser el mayor deberá constituirse en el primer servidor de los demás. En esta forma se pule todo vestigio de vano orgullo y el hombre empieza a ser parte de un Gran Todo donde la idea comunitaria de la paz, el amor, el bien, la espiritualidad, es la premisa y la ley que gobierna y rige tan antigua como Sagrada Orden.

Como todos los pasos narrados se habían llevado a cabo a puertas cerradas, sentíamos la vivacidad de salir de ese lugar para recorrer siquiera sea con la vista, las construcciones exteriores y grabarnos muy dentro de nosotros el paisaje circundante que tal vez no lo volveríamos a ver.

Fue así como al salir del recinto cerrado al exterior para encaminarnos al Gran Salón Central, pudimos contemplar una construcción antigua, solariega, con unos jardines que parecían estar algo agobiados por la continua fuerza del sol; pues, pese a que percibíamos una tenue luz como del amanecer, los objetos eran perfectamente fáciles a nuestra observación y las plantas demostraban una cierta sequedad, que enmarcaba muy bien con el contorno; ya que el

mismo suelo era arenoso y pobre. A poca distancia se contemplaba una piscina cuyo aspecto denotaba antigüedad, en tanto que hacia el fondo del jardín, mas allá de sus muros una colina, se cortaba en el gran telón oscuro y claro del cielo. Tal fue, pues, la impresión externa del paisaje, en tanto que hacia un extremo, se vislumbraba un pórtico guardado por dos Hermanos de la Fraternidad a la espera de que nosotros entrásemos por él. Esta era, pues, la entrada al Gran Salón, cuyas características las daré a conocer muy pronto.

En aras de la claridad y la trasmisión de un mensaje veraz, debo indicar que el sitio en que nos encontrábamos, concordaba con otro meridiano y por lo tanto existía una notable diferencia de hora, que fue disimulada por medio de lo que los Sabios denominan Ondas Síquicas, cuyo poder influye en la mente a tal punto que en cada ser humano puede originar la idea de una hora determinada, siendo ésta totalmente distinta de la que realmente marcaría el reloj del sol. Cabe anotar que este concepto y principio científico fue usado por Josué para efectuar la llamada "detención del sol", pasaje que nos cuenta la Biblia en el Libro de Josué Cap. 10 Vers. 6-15. Principio igual pero aplicado a otros fines, provocó también el derrumbamiento de las murallas de Jericó y esto, muy amables lectores, abre en el discernimiento de Uds. la verdad y la lógica de estos

principios que, por mal explicados, se los ha rechazado como un supuesto cuento de hadas.

ubicación de tiempo

Y en confirmación de lo anteriormente dicho, debo anotar que en la llamada hecha posteriormente a uno de mis amigos, que en esta vez estaba como uno de mis acompañantes, la ceremonia a él concierne se desarrolló en un ambiente o recinto cerrado; pero, al abrirse una puerta, observó la luz solar en pleno apogeo, siendo así que era apenas una hora el tiempo corrido desde el momento en que él inició su viaje, cuando el reloj marcaba la media noche en el lugar de partida.

Esto pues, sirva al entendimiento del lector como una aclaratoria que demuestra en primer lugar la facilidad de un viaje de miles de kilómetros en tan solo contados minutos y también el grande e incontestable poder de la mente de los venerables Maestros de la Fraternidad, que incluso puede crear una sensación de tiempo a voluntad. En la llamada a este mi buen amigo se presentaron también otros hechos, que los consigno porque los creo de interés particular al lector ávido de conocimientos, ya que llevarán a éste a formar una idea más clara y completa de toda esta gama de hechos que podrían decirse sobrenaturales. Cuando mi amigo estuvo en presencia de los Sabios de la Antigua Orden, luego de un viaje que podría ubicarlo en la

antípoda de su tierra natal, en el Gran Salón de Ceremonias, se abrió ante él el Gran Libro de su existencia y se le hizo la recordación de sus múltiples vidas, de los errores cometidos en estas vidas y conoció y recordó con gran satisfacción para él como en una vida pasada ya fué miembro de esta Patriarcal Orden, en tanto que en su actual estado de encarnación, se había suscitado un estancamiento de su desarrollo, porque las humanas fragilidades de su existencia habían contribuido a oscurecer la meridiana claridad de la mente, con que ésta se abre en maravillosa recordación de todas las existencias pasadas, si el estado espiritual y esotérico del hombre ha llegado a un plano que tal cosa lo permita. Mi amigo fue, pues, recibido por los mismos Maestros que en vidas pasadas ya contribuyeron a guiarlo y allí pudo observar, como un regalo elocuente a su reincorporación a la Fraternidad de la Luz Inefable, que del humo oloroso del incienso ceremonial se formó ante sus ojos la imagen tangible y maravillosa de un Alto Ser Espiritual, cuyos blancos ropajes, dejaban ver la vestidura romana, que era usada en tiempos de Cristo y los Apóstoles. Ese Ser Espiritual, dejaba contemplar su hombro descubierto, mientras la túnica que le cubría refulgia con insistentes estallidos de luz, que como estrellas diminutas daban los resplandores del diamante, haciéndose notorio, que esa visión permanecía a su altura, pero sin que sus blancos pies tocaran el suelo del recinto. Ese regalo está reservado tan sólo a quienes logren

en su vida el don preciado de la espiritualidad y la fe. Aquel Ser translúcido, de ojos dulcísimos, barba que se notaba una distinción y el aplomo de la sabiduría, tomó pan y tomó vino, y brindando con él, se esfumó luego, dejando en este mi tan preciado amigo un recuerdo que seguramente para él será el mejor no sólo de esta su presente encarnación, sino de todas y cada una de sus maravillosas como interesantes vidas pasadas cuyos episodios le fueron revelados con tanta claridad y con pruebas tan incontrastables, que solamente sólo puede abismarse ante el descubrimiento de hechos tan sorprendentes, como, para la mayoría de la humanidad, totalmente ocultos.

Mencionaré aquí, ya que el momento se presta para ello, que pasado un tiempo prudencial de la cita a que concurrió este amigo mío, el otro compañero, que fué testigo de mi viaje cuya descripción es motivo de esta historia, fue también llamado a una entrevista con los miembros del Sagrado Colegio de los Doce Iluminados y siendo, por cierto, una ceremonia similar a la que nosotros dos tuvimos, siempre existieron diferencias, porque los casos, de una persona a otra varían, por sus múltiples condiciones intermedias, y en este caso el viaje de este amigo mío tuvo lugar en circunstancias más o menos parecidas aun cuando el lugar a que él concurrió fue diferente de los lugares a que mi otro acompañante y a mí nos correspondió asistir. En suma, cada ceremonia, tuvo

lugar en distintos sitios, y nos consta, de buena fuente, que en el viaje a que fue citado este amigo, tuvo como escenario, un recóndito lugar enclavado en las montañas del Tibet. Allí este otro amigo, presencié cosas como aquellas de la desmaterialización y materialización de un cuerpo humano.

Mientras departía una cena especial en unión de los Doce Maestros, uno de ellos hablando de la encarnación, de la vida humana, y de la vida del espíritu, le hizo saber que él mismo era un espíritu materializado y, los ropajes que le daban forma y bulto comenzaron, por así decirlo, a desinflarse hasta que llegaron a colgar lacios sobre la silla que servía antes de asiento al personaje espiritual que la había estado ocupando. Después, esas mismas ropas volvieron a constituirse y el ser que se desvaneció, volvió a presentarse con la materia común y corriente que a nuestra vista corresponde a los seres vivientes. Estas experiencias me han llevado a pensar, si acaso muchas personas, que deambulan y viven en nuestros círculos sociales, ¿no serán acaso seres espirituales materializados en cumplimiento de misiones incomprensibles para nosotros?

Pero, por hoy ya hemos hablado mucho, alejándonos de lo que constituye el tema central de esta narración, y volviendo a éste deberé proseguirlo, pidiendo a Uds. perdonen la digresión que, si bien es

cierto ha dilatado la continuación de mi relato, también es verdad que sí puede contribuir al conocimiento de hechos no menos asombrosos como interesantes....

En forma ansiosa y expectante mis amigos y yo nos dirigimos hacia el Gran Salón, al tiempo que nuestros lados estaban flanqueados por sendos Hermanos, que vestían, como ya anteriormente expliqué, un sayal carmelita y su cabeza permanecía cubierta por la capucha que en ellos es clásica por el uso permanente de la misma. Esto es en sí mismo importante, porque al menos ciertos hermanos de la Fraternidad que son parte ya del Sagrado Colegio de los Doce Iluminados y aun a veces otros hermanos de elevado grado, son seres totalmente espirituales, y túnica de que se cubren, les da la apariencia corpórea indispensable para que quienes se inician en estos misterios puedan estar seguros de su presencia. Tal es en sí el efecto que un momento determinado del ritual, observando a la abertura de la capucha de uno de los hermanos ayudantes de la ceremonia, me estremecí de temor al percatarme que en el lugar que debían brillar sus ojos sólo se encontraba un vacío y una oscuridad, misteriosamente intangible. Claro está que los poderes de los Venerables Maestros incluyen la materialización y si les es necesario, pueden presentarse de una manera común y corriente aun siendo seres del reino de los espíritus.

Así, pues, sumido en estos pensamientos y lleno de tantos interrogantes, llegué a la gran puerta principal del Salón que hacía las veces de Templo, en donde se celebraban estas ceremonias de Iniciación, a cuya participación llegaba yo por primera vez, en mi actual encarnación, no habiendo sido iniciado en ninguna otra vida anterior, como después pude conocer, ya que mis acompañantes sí lo fueron en siglos pasados y bajo otras nacionalidades.

La luz del salón se difundía por la tenue iluminación de los cirios dispuestos hacia adelante y en la mesa principal un enorme libro dejaba destacar en la página en que se abría, un cuadro bíblico verdaderamente hermoso. Del techo pendían, en forma decorativa y austera, de sendas cadenas de hierro forjado, dos braceros, cuyo humo oloroso se elevaba profusamente en espirales sutiles.

También se veía allí, en el centro mismo del Salón, una gran piel de oso y una almohada afelpada de color rojo vino, para que yo pudiera hacer uso de la misma a título de reclinatorio. Se observaba en uno de los costados frontales, una magnífica espada descansando dentro de su vaina, lujosamente decorada, que permanecía en una mesa pequeña, revestida de un tapete lujoso en medio de la austeridad del conjunto. Sobre un catafalco blanco que ocupaba el centro pendía una cruz sencilla y sobria que daba un

toque místico y profundo a aquella estancia.

Cabe anotarse que, en lugar preferente y a manera de semicírculo, doce sillas de altos respaldos y de manufactura antigua, esperaban vacías la concurrencia de quienes debían ocuparlas.

Los hermanos ayudantes del ritual se movían por el recinto y atendían seguramente a disposiciones recibidas mentalmente, porque nadie estaba autorizado para hablar y todos observaban la sagrada y secreta norma del silencio. Únicamente el Maestro de Ceremonias dejaba oír su voz penetrante y profunda, autoritaria y casi dramática desde algún lugar oculto, puesto que su presencia, si por cierto era notoria ya que su voz transmitía órdenes, en cambio físicamente no estaba al alcance visual.

En aquel austero lugar fui colocado de pies, junto a la gran piel de oso, mientras los dos amigos que me acompañaron en este singular y maravilloso viaje, permanecían de pies, a un costado de la sala, que en esos momentos ya tenía contornos más visibles, gracias a la luz difusa que del exterior se filtraba por la hilera de ventanas laterales que, adornadas con sutiles visillos y delicados tapices, daba al conjunto la calidad de un salón reservado tan sólo a la realización de ceremonias maravillosamente incomparables.

La música más solemne y sagrada que nunca jamás hube escuchado antes, inundó el ambiente sin que pudiéramos ni mis amigos ni yo discernir de donde fluía, cosa que nos admiraba puesto que parecía salir de todos los lugares a los que nuestra vista absorta incurría en demandas explicativas. Los coros desarrollados por voces maravillosamente dulces no podría siquiera describirlos, porque tal era la calidad de la ejecución y la maravilla del sonido, que éste ejercía sobre nosotros un efecto hipnótico y tonificante. Con el tiempo, y gracias a enseñanzas posteriores de los Venerables Maestros, pude conocer que tal música y aquellos coros, eran especialmente ejecutados para aquella ocasión por seres espirituales que llenaban el recinto y que flotando en el ambiente formaban un conjunto coral que bien podría ser llamada música de las celestes esferas.

La voz profunda del Maestro de Ceremonias, inició el acto en aquel Gran Salón y poco más o menos me dijo lo siguiente:

“Hombre soberbio, terco, fatuo y vanidoso: has llegado aquí, no porque hayas allegado mérito alguno a los ojos de los Sabios, sino porque la infinita misericordia no conoce límites....Esto puede probarse porque la Bondad Suprema puede convertir en santa hasta la escoria de la humanidad, y de este don que se te ha concedido, no tengas soberbia, no

tengas vanidad, puesto que cualquiera, incluso de tus mismos parientes, puede ser más digno que tú que inmercidamente has sido llamado”.

En aquel supremo instante el recuerdo de mi disipada vida pasada se hizo presente y pude comprender que era muy cierto aquello de que sólo una Gran Misericordia obraba en beneficio mío, ya que no solo estuve alejado de todo lo que dice espiritualidad sino que aun muchas veces me manifesté contrario a las naturales expresiones de fe, de religiosidad de los demás, creyendo que aquellos actos no eran sino producto de la ignorancia y superstición de los pueblos.

Ahora, en cambio, después de haber sentido en mí mismo, lo que podía llamarse un golpe de timón que me alejó del mal, sabía, con aquella demostración fantástica, el gran poder y la fuerza magnificante del espíritu.

Siguió así la ceremonia, hasta cuando fuimos ordenados postrarnos a tierra porque los Maestros iban a entrar....A aquel anuncio siguió un silencio tenso y expectante y luego, sin saber de donde, por la parte del final, o fondo del Gran Salón, de dos en dos, fueron entrando los miembros del Sagrado Colegio de los Doce Iluminados. La música solemne, aquella procesión de Maestros daba al ambiente un

sabor misterioso y clásico, como arrancado de las páginas de un fabuloso cuento oriental; pero yo estaba allí, y mis amigos, estaban allí absortos, como quien esto escribe, presenciando la procesión de Sabios que hacían su ingreso triunfal al Gran Salón del Templo Iniciático. Vestían un atuendo similar al de los demás hermanos, pero de sus cabezas emergía una especie de cono muy alto que ostentaba, en la parte frontal, una estrella, símbolo de su elevada jerarquía, jerarquía que aun siendo tal, presuponía una mayor humildad, guardando su rostro a las indiscretas miradas, rostro y personalidad, que ningún valor tenía para el mundo y que tan sólo quedaba reservado para la gloria y el bien de sus propios espíritus.

Una vez que los Maestros, que portaban sendos cirios encendidos, se hubieron sentado en los asientos a ellos reservados, se me indicó que mi vieja personalidad debía ser sepultada, y que yo debía morir para ser digno de nacer de nuevo.

Esto en sí mismo marcaba, una secreta enseñanza de reencarnación, pero en aquel momento, me horroricé, contemplando que los ayudantes del ritual llevaron la espada que había aguardado en un rincón para que yo, pobre juguete del destino, y de circunstancias que no pude preverlas, o quizá por mi insaciable curiosidad, estaba afrontando hoy, y próximo

a ser la víctima de una decapitación inminente. Temblé es verdad, tuve miedo y sentí helarse mi sangre en las venas, mientras un golpeteo sordo e incesante, descompasado y fatal, aceleraba mis latidos cardíacos. Pero, en fin, si bien es cierto que tuve la intención de correr, de huir para sustraerme al fatal destino que afrontaba, también es cierto que comprendí la imposibilidad de tal acción, puesto que todo el lugar se encontraba totalmente vigilado por infinidad de encapuchados, que lógicamente no me habrían permitido huir....Haciendo acopio de un valor que no lo tenía y al mismo tiempo reflexionando que no podía ser una decapitación real, me abandoné a la suerte y así fue como uno de los Maestros descendió de su sitio tomó la espada y desenvainándola mientras yo permanecía arrodillado e inclinado, enseñando mi nuca para que fuera cortada, pronunció algunas palabras rituales y haciendo un movimiento de corte o decapitación, posó el frío filo de la espada en mi indefenso cuello. Allí concluyeron todos los momentos de mi aciaga duda y sentí aliviarse mi tensión comprendiendo que todo no era sino un ritualismo simbólico. Se me indicó, pues, que había muerto a mi vida pasada y como un difunto real, se me condujo al catafalco preparado para rendir a mi cuerpo los honores debidos a un cadáver. En aquel catafalco blanco fui colocado y cubierto por un sudario blanco también, mientras la música fúnebre inundaba el ambiente y los cirios velatorios ardían en me-

moria de lo que fue el hombre que ahora había muerto.

Pasados largos momentos escuché la orden perentoria y exigente de: "Lázaro, levántate"; y ayudado por los Hermanos de la Fraternidad, resucité de aquel catafalco al cual en esos instantes le tomé tal apego, y sentí tan grande paz, que deseé realmente permanecer en él por toda la eternidad. Había, pues, resucitado a una nueva vida y una blanca túnica y unas sencillas sandalias simbolizaban hoy mi entrega total a esta nueva forma de vida. Así, en el transcurso de los instantes que siguieron, se hizo el ritual del bautizo en el cual el nombre de Lisandro sustituyó al viejo nombre y sentí la dicha de ser ungido por cada uno de los Maestros que, descendiendo de su elevado sitio pasaron, uno a uno, a poner su mano sobre mi cabeza, ahora resucitada a la vida y a cuyo objeto humedecían sus dedos en el aceite ritual, dispuesto para el efecto.

Ya para concluir el solemne acto, fui investido Caballero Comendador de tan antigua y fraternal Orden, y a esto quiero referirme indicando que tal nombramiento e investidura revistió los caracteres más antiguos que se puedan imaginar, porque nuestra Fraternidad siendo como lo es, ágil, actual, moderna, tiene también dentro de sí misma ciertas normas que superviven a través del tiempo guardando respe-

tuosa veneración a la tradición que da a ciertos actos rituales el sabor a la antigüedad, el tinte de misterio que solemniza sus actos, y la profundidad del efecto que conmueve las almas. Por fin, di lectura a mi solemne juramento y concluído todo este maravilloso y espectacular acto, se nos dijo que nos marcháramos alegres y en paz, al tiempo que debíamos salir sin dar la espalda a los Maestros, sino retrocediendo reverentemente, hasta tomar la puerta de salida que habría de conducirnos de retorno a nuestro lejano país.

El juramento, a que me he referido fue pronunciado leyendo de un pergamino, impreso en letras góticas, en presencia de todos los miembros de la fraternidad, mientras mis dos amigos habían sido llamados a que me acompañasen, uno a cada lado, sosteniendo ambos sendos cirios que me proveían de luz para distinguir los caracteres elegantes y que se destacaban en negro, sobre el fondo casi marmóreo de ese papel antiguo. El texto, que hoy trataré de traer a mi memoria, decía más o menos lo siguiente, y fue leído en voz alta, con la solemne música de fondo que servía para realizar la importancia de aquel acto, sobrecogedor y lleno de un respeto indescriptible:

Yo,....(aquí pronuncié mi antiguo nombre civil), hombre ya muerto y resucitado en la luz con el esoté-

rico nombre de Lisandro, ante mi gran deseo de realización; ante las fuerzas del Cosmos, que todo lo ven y todo lo registran; ante los Sagrados Maestros de la Gran Fraternidad Universal de la Inefable Luz; ante los Maestros Visibles encarnados en este instante; ante los Maestros Invisibles aquí presentes; ante los Miembros del Gran Consejo Supremo; Hermanos de Gran Iluminación, Hermanos Ayudantes y demás Entidades Espirituales que me circundan, como ante los Guías Invisibles que son testigos y depositarios de mi juramento; ante mi conciencia, ante mi verdadero yo y ante los dos amigos que me han acompañado;

JURO: Dedicar mi presente encarnación, obras y esfuerzos, a lograr la iluminación de mis hermanos los demás seres humanos en la mayor medida que me sea posible.

JURO: Alcanzar el mayor conocimiento posible, tanto en el finito y cambiante mundo científico, como y sobre todo, en la verdadera sabiduría del conocimiento del espíritu y sus insondables planos esotéricos.

JURO: Alcanzar la iluminación, realizando a Dios en mí, por penoso y difícil que sea el camino que deba recorrer.

JURO: Lealtad, obediencia, servicio, total entrega a Dios y al prójimo, como asimismo al Gran Maestro de la Humanidad, Cristo, así como a su obra

JURO: Guardar el secreto en todo lo que por razones intrínsecas a lo esotérico no pueda ser revelado hasta que la hora sea propicia.

JURO: Obediencia y entrega a la para mí muy amada Fraternidad Universal de la Inefable Luz, a la cual honrándome en pertenecer, hago entrega de mi ser, de mi sangre, de mi vida y acepto humildemente el ingreso a ella como: "Caballero Comendador de Primer Escalón de la Sabiduría y Vigilante Magnífico del Incomunicable Secreto - Defensor Infatigable de la Verdad Luminosa - Infimo aspirante a la brillante fe del Soberano Maestro"

JURO: No separarme nunca de ella, por grande que fuera mi tentación para eludir responsabilidades o el influjo de funestas ambiciones personales. Por mi paz, por mi felicidad, por mi vida, suscribo este Sagrado Juramento con mi sangre. Que así sea

Tal fue, queridos lectores, el texto de tan solemne juramento y una vez extraída una gota de sangre de uno de mis dedos, imprimí con ella en la parte final del pergamino la suscripción de este juramento,

que, sellado ahora con sangre, llevaba una parte muy mía.

Luego ante mi sorpresa el Maestro de Ceremonias, tomó el pergamino que contenía mi juramento y acercándolo al fuego hizo que éste se consumiera hasta no quedar sino unas cuantas cenizas que cayeron al vacío, como símbolo de lo fugaz de los instantes, como fugaz y vertiginosa es la vida misma. El hecho de prender fuego a mi juramento, supe después, no era como podría creerse, concluir con las llamas algo confirmado y hecho; pues, en el mundo esotérico las cosas no suceden como en nuestro medio profano, y en este caso las flamantes llamas eran el vehículo por el cual mi juramento, pasaba por el poder purificador del fuego, que representa la evolución, y que me llevaba de ese modo, desde mi anterior forma de ser, grosera y material, a otro plano, más elevado, con valores y fundamentos ya de índole pura y espiritual.

Podría hacer sobre esto múltiples comentarios, pero juzgo que lo dicho es suficiente y proseguiré ahora en la continuación de esta historia.....

Cuando caminábamos de salida, el maravilloso coro de espíritus llenaba el ambiente con las notas del Alcluya de Handel y luego de que fuimos nuevamente cubiertos por espeso velo en nuestros ojos, se-

guimos, paso a paso y con pocas variantes, el camino de retorno a bordo de un vehículo que, en un momento dado, pareció entrar dentro de lo que no pudo ser otra cosa sino la nave espacial que anteriormente nos trajera a este lugar.

Uno de mis acompañantes, pudo vislumbrar en el momento del abordaje, unas luces brillantes de color verde eléctrico que se extendían por una considerable área. Debo decir que, usando los principios detallados anteriormente, se nos influyó para sentir tal viaje con una naturalidad tal que fue para nosotros una escena fugaz, intangible, verdaderamente difícil de describir y en brevísimos instantes nos encontramos depositados en tierra, en aquella encrucijada de caminos de donde apenas pocas horas antes fuimos tomados.

Las vendas que nos colocaron nos fueron quitadas y vuelvo a repetir, nos encontrábamos, como si nada hubiera acontecido, en el mismo lugar de donde se inició la aventura a la que me he referido.

Una cierta tristeza nos invadió llenándonos de nostalgia: ¿volveríamos a tener una experiencia similar?... ¿Visitaríamos otra vez aquel lejano y pintoresco lugar?... Quien sabe dijimos y comenzamos a desandar el camino, cobijados por las sombras nocturnas, mientras quedaba en nosotros un recuerdo inolvidable.

CAPITULO VI

BREVE SEMBLANZA DE MARIA MAGDALENA

Antes de concluir esta historia, cabe aquí mencionar que las enseñanzas posteriores de la Fraternidad nos llevaron a conocer que el lugar a donde fuimos transportados, estaba situado nada menos que a orillas del Jordán, río del cual escuchamos el murmullo en la parte en que éste entra en el lago de Tiberíades. El lugar en donde estuvimos no era otro sino una propiedad a la que la Fraternidad había puesto el nombre de 'Magdala' en memoria de Maria Magdalena, la gran pecadora, cuya soberbia belleza subyugada por el incontrastable poder del espíritu, hizo de sí un símbolo de amor, de abnegación y de cambio, cuyo poder translúcido y benéfico ha venido filtrándose desde sus lejanos días como el mismo bálsamo de nardo, que ella usó para perfumar los pies del Rabí de Galilea.

Mis palabras no pueden tener ni el matiz ni la fuerza transmisiva de esas memorias para mí insondables; pero remitiéndome a ciertas citas que sobre Maria Magdalena llegaron a mis mamos, he creído oportuno, resumiéndolas o mejor dicho, compendián-

dolas, citar parte de éstas para que el lector se sitúe con su mente en el lugar de los hechos y viva las escenas que correspondieron a esa mujer tan digna de alabanza.

Dicen las citas a que hago referencia poco más o menos, lo siguiente: "...El sitio en que María Magdalena vivió es un lugar, seco, cubierto permanentemente por los ardores del sol, a cuya vegetación escasa, contribuye quizá la arena calcinada por el rigor del clima.

"En otros tiempos y para deleite de ella, existió allí una piscina, surtida por un acueducto venido de Jordán, y formado por un conjunto de piedras que le daban la gracia de lo primitivo y creaba la impresión de frescura y oasis por las palmeras enhiestas que se elevaban a su contorno, como embajadoras de frescura y silenciosas testigos de los disfrutes sensuales del agua fresca, hendida por la desnudez magnífica de la bellísima pecadora. A los muros pétreos que rodeaban esta mansión llegaban las sentidas serenatas de Boanerges que, enamorado perdidamente de ella, se explayaba cantando a su hermosura incomparable. Los ardores del sol asiático, y las noches de aquella época ya milenaria, fueron también testigos de las pasiones más encontradas y de los celos desencadenados de hombres de alta alcurnia o presti-

giosos militares romanos que ansiaban compartir con ella, la mitad de su lecho.

"El suicidio de unos y los frecuentes duelos en que se batieron otros, confirmaron la fuerza apasionadora que despertaba María Magdalena en el contexto de su época.

"Magdalena era un nombre que en aquel entonces servía para designar a las mujeres que se pintaban y llevaban el cabello ondulado. Así existían varias mujeres a las que se les calificaba como "Magdalenas", cosa que por cierto no era objeto de buenos comentarios, especialmente entre las mujeres que, creyéndose de importancia, jamás pudieron contender con ella en la plenitud de su gracia y juventud, aún reconociéndoles también una belleza nada despreciable.

"Por los motivos indicados, María, la hermana de Martha y Lázaro, fué conocida con el sobrenombre de María Magdalena.

"No estaría completa esta descripción sin decir que las túnicas de estilo griego que usaba, destacaban su porte escultural, enmarcando su rostro como un óvalo de perfecciones en donde el rojo de sus labios no requería la búsqueda de los artificios de que hoy se valen las mujeres de nuestros tiempos. Sus

dientes parejos y blancos daban una extraordinaria gracia a su cutis delicadamente fino que se lo observaba ligeramente tostado al influjo del sol asiático.

"Mas, sobre todos sus encantos, sus ojos negros y grandes fueron irresistibles al amor, como terribles al influjo de la cólera.

"El pueblo cercano a esta villa de recreo de María Magdalena, siempre fué el lugar de los más encontrados comentarios que sobre ella se tejieron, muchos antojadizos y falsos y otros con un gran fondo de realidad.

"En tal marco paradisiaco el uso de los perfumes era frecuente como algo reservado a las personas más distinguidas y en casa de Magdalena se guardaban en vasos de alabastro los mas finos extractos, siendo uno de los más preciados aquél producido de la espiga del nardo, unguento que en su tiempo fue usado para el unguimento de los pies de Jesús."

Hasta aquí el relato a que me he referido extrayéndolo, y cuyo autor desconozco, porque son notas muy antiguas recogidas por los azares del destino en una buhardilla repleta de papeles a la que concurrí en búsqueda de cosas raras y antiguas. De esa búsqueda queda un legajo de amarillentas notas manuscritas

daba cuenta de esto que hoy me ha servido como una ampliación orientadora del lugar al que fui llevado para la realización de mi ceremonia iniciática.

Para concluir este pasaje, debo decir cuando hué retornado de este viaje sin precedentes, tuve la grata suerte de conocer a María Magdalena en una visión que me colocó entre una realidad velada y un sueño perceptivo, a tal punto real que hasta luego de varias horas, sentía en mi habitación el perfume de nardo dejado por aquella visitante magnífica que emergió desde el Asia, transpuso la barrera del tiempo y la eternidad y me regaló con una visión que para mi constituye uno de los más emocionantes episodios de mi vida. Queridos lectores - la Imagen de María Magdalena, creo quedará en Uds. como el simbolo de la belleza femenina, porque tal fue su gloria y su fama que el conocimiento de ella superó las lindes de su comarca y llegó a ser comentada en la misma Roma Imperial.

Esta pálida descripción de ella sirva como un homenaje muy pequeño, pero afectuoso, a su memoria, porque si bien es cierto que su vida fue conmovida por el impacto de frenéticas pasiones, también es cierto que sufrió, y sufrió intensamente, hasta que las grandes tormentas de su espíritu, comparables tan solo a las tormentas de arena de las desiertos, se llegaron a calmar cuando pudo beber del Agua de la

Vida, de aquella Agua que nace y brota al influjo magnificente del Salvador....

En este lugar, en la casa que fuera de María Magdalena, fue el dichoso acto de mi Iniciación y como Uds. podrán comprender, ese acto abrió a mi vida nuevos horizontes donde la luz inunda el ambiente con efluvios de esperanza.

Mi pluma debe detenerse porque el objeto de esta obra es sólo presentar a Uds. un testimonio verídico que abra en los espíritus ávidos de verdad, las inquietudes y la disposición de ánimo. que haga posible que quizá otros como yo sean también llamados a ese inolvidable banquete del espíritu. Si alguno de vosotros ha captado la esencia de mis palabras, y desea con fe llegar a pisar como yo esa línea intangible pero verídica que separa la vida y la muerte, la misión de este mensaje se verá plenamente justificada.

Gracias, lectores, y que la paz, suprema compañera del filósofo y báculo del peregrino, se torne en vuestra amiga para que sea ella quien os conduzca a regiones, por más etéreas y puras, mayormente dulces y tonificantes.

LISANDRO

CAPITULO VII

ALGUNOS EXTRACTOS DE LAS

SAGRADAS EPISTOLAS

A LOS LECTORES:

Varios autores, situados en diversas épocas de la Historia, han dejado pensamientos que me place consignarlos, (así sea resumiéndolos), porque tales autores, han sido citados en la correspondencia enviada por la Fraternidad Universal de la Inefable Luz. Así, criterios tan destacados como los de autores clásicos y otros, de los tiempos modernos, se intercalan con pensamientos propios de la Fraternidad, constituyendo el conjunto una invitación a que el lector, tome conciencia de su situación ante el Universo, y ante sí mismo, para que logre descorrer el velo misterioso de su propia vida y su razón de existir.

Estas citas las hacemos, sin incluir comentarios u observaciones a las mismas y por lo tanto la evolución espiritual de cada uno les dará la posibilidad de sacar de ellas el mejor provecho. No guardan ordenamiento cronológico en relación a sus autores, ni se circunscriben a una temática especial. Simplemente llevan un mensaje universal, digno de ser considerado por el hombre, como tal, sin prejuicios de ninguna clase. Al invitar a Uds. a leerlas, deseo que ellas sean de notable provecho y cumplan la finalidad de abrir los horizontes del espíritu en el hombre sincero, con anhelo de superación.

"La vida se divide en tres épocas: la que fue, la que es y la que será. De estos tres aspectos de la vida, si analizamos el *pasado*, podemos ver que nada de éste es posible rehacer. Nuestros errores y vacilaciones no podemos mejorarlos y lo que más se ha desperdiciado es el don más valioso de todos: el tiempo....El tiempo mal empleado se rememora con disgusto y sólo los grandes hombres pueden hacer un análisis retrospectivo sometiendo sus acciones a su propia censura. Pero la gran verdad es que el pasado, el tiempo que se fue, debe servir para la superación personal de cada hombre, porque es una cauta lección para el momento presente y sirve muy a fondo para estructurar el porvenir".

"Sólo las almas apacibles y tranquilas pueden rememorar todas las épocas de su vida, Pueden mirar dentro de si mismas y sacar valiosos aportes espirituales para su propia superación".

"EL PRESENTE.- Es demasiado corto y constantemente está escurriéndose al pasado. Corre y se precipita y ha dejado de ser antes de llegar. Por ello es necesario vivir plenamente absorbiendo por todos los poros de la piel, por todos los sentidos, por y a través del espíritu, cada momento presente, aprisionándolo hondamente en todo aquello que sea de provecho para que mirando atrás sepamos que no se ha desperdiciado el tiempo".

"EL FUTURO.-Es aquella parte de la vida que pensamos vivirla, pero que ignoramos hasta qué punto de este incierto futuro habremos de llegar".

"El hombre de cabellos blancos y arrugado rostro no siempre es aquel que más ha vivido, porque la verdadera ancianidad es aquella que se ha obtenido de las mismas Fuentes de la Sabiduría, Qué ejemplo tan grande de profundidad de pensamiento, de verdadera ancianidad y honda filosofía aquel que nos presentó Cristo!".

"La mejor manera de combatir la incertidumbre del futuro, el escurrirse del tiempo, es aprovechando

éste con todo afán en busca de la Verdad, en esparcir la Bondad, en prodigar el Bien a los demás, y sobre todo, humildemente dar gracias al Creador por el bien que nos concede de vivir tan preciosos instantes

“El hombre prudente, saca el mejor provecho del tiempo y lo usa para su desarrollo intelectual, para elevarse en su espíritu”.

“Para vivir hay que morir; pues, sólo la muerte llevará al nacimiento y a una nueva vida. La muerte no es sino una transición hacia una nueva vida, hacia un plano mayor de evolución. Para cada instante se vive y se muere. Aquel que pasa la transición ha muerto para su antigua vida limitada y no temerá la muerte, no temerá renunciar a su yo, no temerá vivir.

“Toda naturaleza tiene como precursora a la Mente, es guiada por la Mente y hecha por la Mente”

“Si uno habla o actúa con una mente impura, le seguirá la desgracia como la rueda del carro sigue al buey. Si uno habla o actúa con una mente pura, le seguirá la felicidad como una sombra que va pegada a El”.

“Que el hombre venza la cólera mediante el Amor.

Que venza el mal mediante el Bien.

Que venza la avaricia mediante la liberalidad.

Que venza la mentira mediante la Verdad”.

“Los que riegan conducen el agua a donde quieren. Los arqueros dan en el blanco con sus flechas. Los carpinteros tallan la madera. Los sabios se controlan a sí mismos”.

“Como roca sólida que no mueve el viento, así permanecen los sabios ante la alabanza o la murmuración”.

“La soberbia se abate con el transcurso del tiempo ¿Qué es el hombre ante el paso del tiempo?... En dónde están su fuerza, su juventud, su poder?... Todo se desvanece como la pompa de jabón que brilla resplandeciente y surca la limitada atmósfera de su existencia en medio del brillo multicolor de su esencia, símbolo pictórico y brillante de la fantasía y la soberbia humana. Así pues, ¿en dónde está la gloria de los llamados grandes hombres?”.....

I N D I C E

	Pág.
Prólogo _____	5
CAPITULO I	
<i>Breves datos autobiográficos</i> _____	7
CAPITULO II	
<i>Primeros contactos Epistolares con la Fraternidad</i> _____	13
CAPITULO III	
<i>Nuevas Epistolas y preparación para el gran día de la iniciación</i> _____	23
CAPITULO IV	
<i>Viaje en OVNI hasta las orillas del Jordán</i> _____	32
CAPITULO V	
<i>Gran ceremonial Iniciático en casa de María Magdalena</i> _____	43
CAPITULO VI	
<i>Breve semblanza de María Magdalena</i> _____	65
CAPITULO VII	
<i>Algunos extractos de las Sagradas Epistolas</i> _____	71

INDICE

Prólogo 5

CAPITULO I
Breves datos autobiográficos 7

CAPITULO II
Primeros contactos con el mundo de la teología 13

CAPITULO III
Nuevas Epistolares y preparación para el gran día
de la iniciación 23

CAPITULO IV
El "no" de OVI para los católicos de Jordania 32

CAPITULO V
El "sí" teológico en el mundo de hoy 43

CAPITULO VI
Breve semblanza de María Magdalena 62

CAPITULO VII
Algunos extractos de las "Reglas" Epistolares 71

FECHA DE EDICION:
SEPTIEMBRE DE 1979

PEDIDOS O REFERENCIAS:
Ibarra - Ecuador
Apartado de Correos No. 695
IBARRA - ECUADOR

**DERECHOS RESERVADOS DEL
AUTOR, DE ACUERDO CON LA LEY**